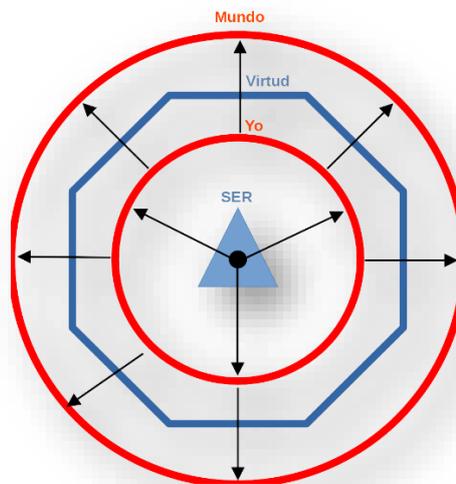


Las virtudes

La virtud es el potencial o la disposición del individuo para obrar el bien que le hace feliz, pues es lo que está de acuerdo con su verdadera identidad.

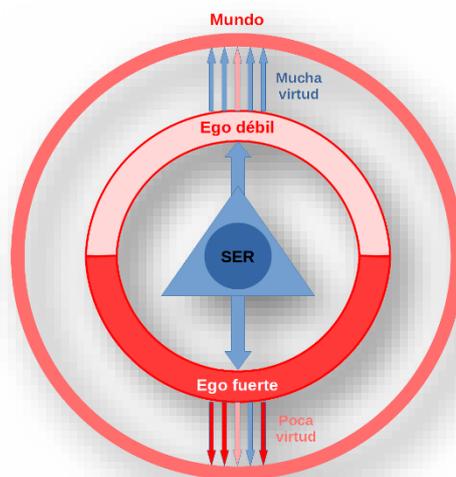
Lo virtuoso es pensar, sentir y obrar en armonía con la condición propia del Ser, y eso el individuo lo experimenta como felicidad porque la condición del Ser es la felicidad.

Las virtudes, entonces, son la expresión de diferentes aspectos del potencial ilimitado del Ser del individuo en su relación con el mundo.



Las virtudes son los aspectos del Ser con los que el individuo se relaciona con el mundo percibido

El individuo expresa en todo momento todo el potencial que tiene actualizado y responde a los requerimientos del mundo a través de las virtudes.



El ego es un filtro que restringe la expresión del Ser en el mundo

La palabra virtud proviene de la palabra latina *virtutem*, que significa valor físico, tradicionalmente asociado al hombre (*vir*). Pero también está asociada a *vires*, fuerzas o potencialidades, de ahí el sentido de la palabra “virtual”, que designa a todo aquello que está en potencia, pero que se puede manifestar gracias a su fuerza interior o a sus cualidades inherentes.

Resulta bastante sorprendente que se pueda entender intuitivamente mejor el concepto de virtud que el de individuo, que podría ser interpretado como un recipiente o contenedor de determinadas virtudes.

De hecho, ¿no se define acaso a un individuo por sus atributos?

De ahí, que sea lícito preguntarse: ¿qué es más real, el contenedor o el contenido, el individuo o sus virtudes? pues, ¿qué es un individuo sin virtudes? ¿puede acaso existir y manifestarse?

La absoluta ausencia de virtudes sería una no existencia porque las virtudes son los atributos del Ser.

Este es un curso eminentemente práctico y no se ocupa de la especulación metafísica, por eso, no responderá a estas preguntas, si bien su planteamiento puede servir para resaltar la importancia del concepto virtud.

En cualquier caso, basta entender que las virtudes son ideas que, una vez concebidas, facultan al individuo para sentir y actuar de una manera determinada.

Las virtudes del ser humano son potencialidades que se expresan en su comportamiento.



Ejemplos de virtudes en el contenedor humano

Recordamos, de nuevo, que las ideas –en este caso, las virtudes– son la causa de las emociones y del comportamiento.



Las virtudes son ideas, y el hecho mismo de existir les confiere un carácter positivo.

Llamamos “defectos” a las ausencias de virtudes.

La palabra defecto viene del latín *deficere*, que significa faltar, de ahí, el término “déficit”.

Evaluar algo como defectuoso significa encontrarlo carente de una cualidad positiva, que es lo único que existe y es real.

Los defectos, en realidad, no existen; son ausencias.

Es crucial entender esto, pues cuando se ataca el mal -la ausencia de bien- o los defectos -la ausencia de virtudes-, en realidad se lucha contra algo que no está ahí porque no existe.

De hecho, se atacan los supuestos “defectos” porque lo que no se acepta es que no haya algo que sí debería haber.

El mal es inaceptable para la mente, pero combatirlo no tiene sentido, pues el mal -la ausencia de bien- no existe, por definición.

El mal se debe interpretar, más bien, como la ausencia de un bien que hay que proveer, porque es lo que la mente espera encontrar en su permanente búsqueda de lo que ella considera bueno.

Se podría decir que el bien es la “expectativa” de la mente.

No existen cualidades o virtudes negativas, pues lo negativo no existe, por definición.

Lo negativo es un concepto imaginario que tan solo se entiende como ausencia de algo real y positivo.

Ningún ser humano TIENE atributos negativos, pero sí puede manifestar ausencia de cualidades positivas, o virtudes.

Por ejemplo: las palabras de Jesús en la cruz: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”, expresan la idea de que el “pecado” es la ausencia de conocimiento.

No existe nada que sea intrínsecamente malo.

El mal es un concepto imaginario de algo que no existe, pero que se considera al reconocer en algo o alguien la ausencia de virtud.

Por eso, no tiene sentido decir que alguien ES malo.

Lo que ocurre es que se percibe en él ausencia de bondad.

La expectativa es que haya una bondad que no se ve porque, o bien no la hay, o no se sabe ver.

Pero en ningún caso HAY maldad, pues la maldad es un concepto negativo y, por lo tanto, imaginario.

Interpretar toda situación de esta manera es crucial, pues la estrategia para cambiarla dependerá de cómo se interprete.

Si se piensa que alguien ES malo, se le atacará.

Pero si se ve que alguien CARECE de bondad, lo natural será proveer esa cualidad que falta.

La relación interpersonal resultante de estas dos interpretaciones tan diferentes, obviamente, será muy distinta.

Este criterio es aplicable a cualquier virtud y carencia que se pueda concebir.

De esta manera, al interpretar todo ataque como una petición de ayuda, la reacción no será un contrataque o ponerse a la defensiva, sino la provisión del bien ausente.

El resultado de considerar el mal bajo este punto de vista es el beneficio mutuo de ambas partes.

El carente, recibe el bien que le falta.

El donante, refuerza y aumenta su propia virtud proveyendo el bien requerido, porque dar y recibir es lo mismo.

Así, ambos ganan.

La consideración de que la ausencia de algo tiene una entidad real es uno de los sesgos cognitivos más dañinos y característicos del sistema de pensamiento del mundo.

Se trata de una manera errónea de usar la mente tan generalizada que pasa desapercibida.

Es obvio que lo ausente no existe, entonces ¿por qué aquí todo el mundo cree en la existencia del mal?

¿Cómo es posible llegar a entender el llamado “problema del mal” si no se cambia de manera de pensar acerca del mal?

Si bien lo ausente no existe, la mente ciertamente lo puede apreciar, pero esa consideración no justifica en absoluto su existencia.

Se puede pensar en lo ausente, pero no se le puede conferir realidad.

La mente se puede engañar a sí misma creyendo en la realidad de las ilusiones.

Así, por ejemplo, se habla de la sombra -la ausencia de luz- como si fuera un concepto real, cuando a todas luces es un concepto imaginario porque las sombras no tienen ninguna entidad real.

No tiene sentido luchar contra las sombras, basta con proveer la luz que falta para disiparlas.

Otro concepto que aquí resulta difícil de entender es la igualdad entre dar y recibir.

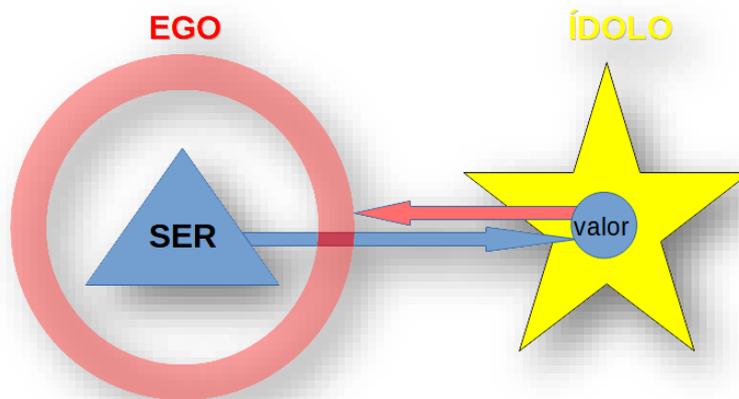
La idea de que dar y recibir son diferentes aspectos de un mismo acontecer es un concepto verídico que el sistema de pensamiento del mundo no reconoce.

Cuando se da algún valor, algo que se valora, en realidad se está extendiendo el valor del propio Ser, y eso le permite al individuo reconocerlo fuera de sí mismo.

Ese reconocimiento del valor del propio Ser es lo que constituye la actualización de las virtudes.

Dar lo que se valora es lo que permite reconocer que se dispone de aquello que se ofrece.

Toda idea de valor que se reconozca en cualquier forma del mundo, no es otra cosa que la proyección del propio valor del Ser del individuo en esa forma determinada.



El valor que el ego percibe en un ídolo es el que el Ser ha proyectado en una forma.

En verdad, TENER y SER es lo mismo.

Solo tienes lo que eres.

La idea autolimitada de uno mismo confunde al individuo, que busca entonces fuera lo que anhela porque no reconoce que ya lo tiene, pues eso que anda buscando es lo que él es.

Esa es la razón por la que aquí casi todo el mundo asocia la idea de dar con “perder”, pues teme perder el valor que contiene aquello que se da.

Pero, en realidad, dar es “ganar” el reconocimiento de que “se tiene”, pues solo quien ya tiene puede dar y saber que tiene.

La confusión se debe a la proyección inconsciente de la idea de valor.

Una vez que se ha proyectado la idea del propio valor sobre una forma -un ídolo- es imposible reconocer la perfecta igualdad entre dar y recibir porque ahora esa forma se ha convertido en el símbolo del valor que se le ha transferido.

Sin embargo, es fácil reconocer la equivalencia de dar y recibir cuando se trata de valores abstractos difíciles de simbolizar.

Así, solo se experimenta amor cuando se ama, cuando se ofrece amor a alguien o a algo.

En realidad, al amar simplemente se está experimentando el amor que uno ES.

Lo mismo ocurre con la verdad o el conocimiento: cuando se ofrece una idea a alguien -al enseñar- quien la expone la aprende -la aprehende- mejor.

Y también se ve el mismo efecto con la paz: solo se experimenta paz cuando es eso lo que se ofrece.

El ser humano es la expresión de las virtudes que encarna en el presente.

Y esa expresión es lo máximo que es capaz de reconocer en sí mismo.

Siempre se da lo máximo de lo que uno cree ser.

Pero a veces ese reconocimiento es escaso, y entonces la situación se percibe como defectuosa o carente de virtud.

Pero, en cualquier caso, el ser humano siempre da todo lo que cree que tiene.

Todas las expresiones de amor, de verdad o de poder son las máximas que el individuo se permite a sí mismo.

Todo ser humano expresa en el presente todo su potencial reconocido disponible.

Todo el mundo hace siempre lo mejor que cree que puede; para hacer más, hay que cambiar la idea que se tiene de uno mismo.

Las creencias limitan la expresión del ser porque son los límites que se imponen a la propia identidad.

Las creencias son proyecciones de la identidad que se reconoce.

La naturaleza ideal de las virtudes les confiere un carácter absoluto y perfectamente abstracto.

Las virtudes en sí son ilimitadas.

Sin embargo, al principio hemos definido al individuo como un contenedor de virtudes, manifestando así un carácter de limitación en su expresión.

La mente, identificada con el personaje -el ego- se asigna a sí misma una CANTIDAD limitada de virtud.

Por eso se ha definido al individuo -la idea que la mente tiene de sí misma- como un contenedor de virtudes.

El individuo se caracteriza por las limitaciones autoimpuestas en su definición de sí mismo.

La identidad personal es el grado de autolimitación que el individuo manifiesta en un momento determinado.

Esa limitación, sin embargo, varía con el tiempo.

Así, al ser humano se le ACABA la paciencia, se ARMA de valor, PIERDE la calma...

Las virtudes son ideas de fortalezas o potencialidades positivas que se manifiestan en la acción.

El ser humano responde a los requerimientos del mundo con un comportamiento acorde con las virtudes que se ha permitido actualizar.

El ser humano percibe aquello que él mismo proyecta.

El ser humano proyecta en función de las virtudes que tiene actualizadas para hacer el bien tal como él lo interpreta.

Por eso, la realidad que el individuo percibe depende de las virtudes o valores que esté proyectando.

Así, un ser humano generoso, confiado y tolerante, interpretará la realidad de forma generosa, confiada y tolerante, y experimentará en el mundo su propia generosidad, confianza y tolerancia.

Y lo mismo ocurre con todas las virtudes o valores que se haya concedido en su definición de sí mismo.

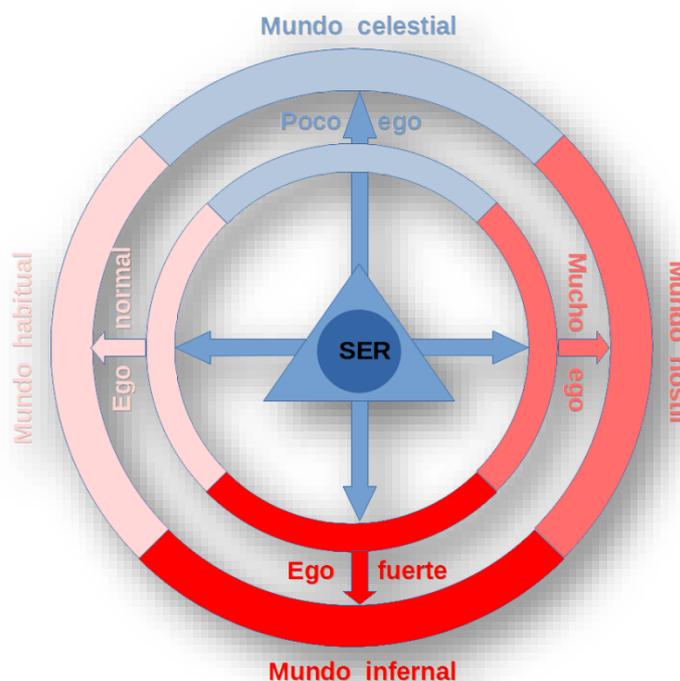
Tal como se comentó en el capítulo sobre la gratitud: “el estado de ánimo dicta la realidad percibida”.

Pero el estado de ánimo de un individuo en un momento determinado no es otra cosa que la resonancia emocional de la opinión que tiene de sí mismo en ese preciso instante.

Los estados de ánimo, en verdad, no responden en absoluto a factores externos, aun cuando el individuo no lo reconozca y pretenda justificarlos aduciendo causas ajenas a él en su intento de “objetivar” la situación.

La mente personal responde exclusivamente a sus propias interpretaciones; su felicidad o su desgracia responde únicamente a las historias que se cuenta a sí misma, y así, para ella no hay otro mundo que el que ella misma se concede.

De todo ello se deduce que el mundo percibido es un reflejo de la idea que la mente tiene de sí misma, es decir, el mundo que ve es el reflejo de su ego.



La realidad percibida es la realidad que el ego permite al Ser proyectar.

Por todo ello, una experiencia feliz del mundo requiere una mente que involucre al ego lo mínimo posible para que contemple sin intrusiones todo el potencial del Ser, es decir, el máximo de virtud.

Y recordando los principios expuestos en “La copa del sufrimiento”, eso se logra perdiendo el sentido de importancia personal y perdonando los juicios del ego sobre el mundo.

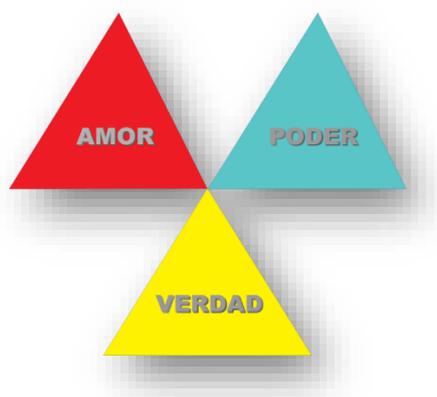
El potencial del Ser es ilimitado, pero su concreción en forma humana varía según su actualización.

Para actualizar una virtud -que en realidad es una idea- y hacerla operativa en el presente, es necesario evocarla.

Y para evocarla es necesario conocerla y rememorarla.

Actualizar una virtud es un acto de la voluntad; es una decisión.

La voluntad -la capacidad de la mente para actuar- es uno de los tres aspectos del Ser.



Los aspectos del Ser

Las virtudes son potencialidades para obrar el bien que se manifiestan cuando se evocan por medio de la voluntad.

Es decir, para “ser bueno” es necesario “querer” ser bueno.

La voluntad es el factor que activa la virtud.

Para actualizar una virtud es necesario evocarla muchas veces para que se convierta en un hábito accesible de manera espontánea y natural.

Y para incrementar la virtud evocada es necesario expresarla en la acción.

Las claves de la práctica virtuosa son, por lo tanto:

- Conocimiento de la virtud
- Evocación
- Repetición
- Expresión

Para disponer de una virtud no es necesario conocerla, pero para activarla, sí.

El aprendizaje y desarrollo de las virtudes es lo que constituye la auténtica educación.

En este tiempo y ámbito cultural, la educación académica se entiende como la acumulación de datos y el desarrollo de determinadas pericias, pero eso no lleva a un aprendizaje genuino, pues eso no desarrolla las virtudes del individuo.

Aprender es cambiar, cambiar la mente, cambiar la manera de pensar acerca de uno mismo y, en consecuencia, acerca de todo.

Los datos no cambian la manera de pensar, pues tan solo sirven para ser ejecutados en una determinada manera, de acuerdo a una determinada función o algoritmo.

Similares sistemas de pensamientos llegarán a las mismas conclusiones –emociones y comportamientos– si se les proveen los mismos datos.

Sin embargo, diferentes sistemas de pensamiento llegarán a diferentes conclusiones –comportamientos– aun cuando dispongan de los mismos datos.

Para sentir y actuar de manera diferente, es necesario cambiar de manera de pensar, y eso solo se consigue con un aprendizaje genuino; la educación en la virtud.

Esa es la razón por la que es crucial conocer, evocar y expresar las virtudes.

La mejor manera de aprender una virtud es emular a alguien que ya la posea, preferentemente en un alto grado.

Ese alguien puede ser una persona real o imaginaria, un personaje de una novela o una película, pues lo importante aquí, no es la persona, sino lo que se ve en ella, la virtud que encarna.

En este caso, el modelo elegido es el símbolo de la virtud que encarna.

Una vez que la mente decide, mediante la voluntad, adquirir esa virtud, es necesario modelarla, es decir, interpretarla siguiendo el modelo elegido.

En eso consiste la evocación de la virtud.

Es decir, conocida la virtud a nivel conceptual, es necesario evocarla, para sentirla, acopiarse de ella y expresarla en el comportamiento.

Los individuos no se comportan de manera arbitraria, siempre es la virtud en el individuo lo que provoca un determinado comportamiento.

Así, por ejemplo, un individuo que no tiene prudencia no puede comportarse de forma prudente, ni un individuo que sí la tiene puede ser imprudente.

Eso es imposible.

La virtud es un don que llega al individuo tras una petición, una invocación.

Invocar y recibir el fruto de lo que se pide es un proceso real que ocurre en el presente, el único aspecto real del tiempo, y el estado de conciencia que le corresponde es la confianza.

La confianza es el ámbito que propicia la adquisición de la virtud, donde el individuo se concede a sí mismo lo que confía tener y cree que merece.

Esta adquisición es el resultado de cambiar de manera de pensar acerca de uno mismo.

Ahora, tras ese cambio, el individuo siente y actúa de manera diferente ante lo percibido porque ha cambiado, ha aprendido, pues solo este cambio constituye un aprendizaje significativo.

Tras el conocimiento y evocación de la virtud, es necesario repetir el proceso muchas veces para que la idea se asiente bien en el sistema de pensamiento y sea así fácilmente asequible a la conciencia.

El proceso de acopiarse de virtud es solo la mitad del proceso educativo.

Es la parte del aprendizaje.

Para consolidar y fortalecer la virtud es imprescindible la otra mitad: su expresión.

Expresar una virtud es la segunda parte del proceso, y es lo que constituye la enseñanza.

Enseñar y aprender son dos aspectos de un mismo proceso.

El ejercicio de la virtud es la enseñanza de la virtud, y es lo que refuerza y consagra definitivamente su adquisición.

Las ideas crecen cuando se comparten, cuando se dan.

Con las ideas, se ve con claridad que dar significa obtener.

También en este caso es necesario repetir la expresión de la virtud muchas veces

Así es como se consolida la idea que se ofrece -la virtud- en el sistema de pensamiento propio.

Quien enseña es un maestro, y cuanto más enseña, más aprende, más cambia.

Un maestro siempre enseña lo que quiere aprender porque lo considera bueno y deseable, y compartiéndolo consigue más para sí mismo.

No tiene sentido cambiar el mundo, porque el mundo es efecto, no es causa, pero sí es importante cambiar de manera de pensar acerca de él mediante la verdadera educación, que es el acopio de virtud.

Las virtudes, al ser ideas, son causas del efecto que es el mundo.

Por eso son importantes.

Quien cambia su manera de pensar, cambia su mundo.